

## LA DRAMATICA DE MONTALVO

**S**EGUN me dijo Montalvo en el Pucará, provincia del Carchi, cuando en 1879 partía a su último destierro, había intitulado "Libro de las pasiones" a una colección de dramas. Una pasión es asunto de cada drama. Si no me equivoco los dramas fueron siete, pero en mi poder no existen sino cinco.

Montalvo era hombre apasionado: gustaba del arte dramático, porque suministra más arbitrios para la conmoción y persuasión, sin que sea necesario el empleo de volúmenes. Los argumentos de sus dramas son ecuatorianos, y están escritos con tal arte, con tal sobriedad de incidentes y multiplicación de arrebatos, producidos en un mismo corazón por la pertinacia de la idea que es tema fundamental de la obra, que el lector no puede menos de sentirse subyugado y experimentar algo extraño a su carácter, una como turbación desconocida, que le empuja del horror a la amargura, de la admiración a la iracundia. Aquellos dramas son históricos: al leerlos, asistimos a escenas de familia; vemos la facción de cada personaje, y nos impulsan a intervenir en su auxilio, cuando éstos no pueden evadirse de algún riesgo. Ningún peligro es fortuito. Todos dependen de la pasión dominante: soberbia, venganza, envidia, amor, cólera, celos, osadía, orgullo, ferocidad, comezón desesperada de obtener vanagloria y satisfacciones criminales.

Montalvo es un colaborador de Lombroso en "Jara", en "El Dictador" y en "Granja".

Así como los espartanos, con el propósito de corregir a sus compatriotas del vicio de la ebriedad, embriagaban a los ilotas y los presentaban al público, el moralista Montalvo se propuso corregir a sus conciudadanos, mostrándoles los estragos de la pasión en los personajes de sus obras dramáticas.

No fueron compuestos los dramas de Montalvo para el teatro. Sólo quiso imitar a Platón y a Lucrecio, a Schiller y a Renán, y a tantos otros escritores que compusieron dramas, sin haberse acordado del teatro.

Los dramaturgos que han pensado en el teatro, han escrito entre el ruido del público, dejándole conocer por la multitud de advertencias concernientes a la mímica, tan completamente olvidada por Montalvo, quien pone su atención en reflejar lo real de los afectos, a fin de que este reflejo prescriba gestos y ademanes. Que ciertos escritores de dramas atiendan más a exterioridades, a los ojos, no es, por eso, reprehensible. ¿Y lo será que haya quienes atiendan más a la moral, al corazón? No nos sorprende que el periodismo de Guayaquil haya condenado dos de los dramas de Montalvo, representados allí, a pesar de que los periodistas fueron espectadores, y vieron que el público se mostró delirante por el autor. Lo que nos sorprende es que haya lectores, entre ellos personas de mérito, que propaguen que los dramas son indignos de Montalvo. Consultad al corazón. No os detengáis en efectos de tramoya, en reglas que sólo son útiles a inteligencias mediocres. ¿Qué persona sensible puede leer "La Leprosa", sin que se le humedezcan los ojos? Si tal es el efecto, indudablemente el drama es obra selecta de arte, porque logra lo que tuvo en mira el artista. ¿Por qué se ha de



*D. Juan Montalvo*

condenar dicho drama, si el objeto ha sido asustar a las familias, a fin de que, con el aseo, con tales o cuales medidas higiénicas, se precavan de la elefancia, tan común en Sudamérica? Si esto decimos de "La Leprosa"—drama en que la desdicha proviene de causas naturales, cuales son las enfermedades del cuerpo—¿qué no diremos de los otros, en los cuales las pasiones desordenadas, el vicio, el delito, son el eje de todo el argumento?

"Jara" es drama terrible. Su tema es la venganza. A un hombre orgulloso, vanidoso, prendado de sí mismo, le escupe en la cara y le da un bofetón un vecino. Empieza a corroerle la venganza, y con tal obstinación, que el infeliz da en maniático. Busca la soledad, se oculta en ella, fabrica muñecos y los apuñalea día y noche. No admite satisfacciones de ningún género, ni las rendidas por el mismo ofensor; desecha el duelo porque teme no vencer; nada pueden la esposa ni los hijos, ni la esposa e hijos del rival, ni las reflexiones de un sacerdote, su hermano, ni el tiempo, ni la perspectiva del cadalso. La conclusión fué una puñalada mortal. Aquella venganza parecería fuera de la naturaleza, si no estuviera comprobada por un hecho que fué público. He ahí el resultado de la educación que forma regalones y engréidos. Este drama fué compuesto en 1872, y en seguida lo fué "La Leprosa".

En "El Descomulgado", compuesto en 1873, están señaladas las preocupaciones de lugar y tiempo, cuyo torbellino rodea al protagonista, el mismo Montalvo, según toda conjetura. Amó a una de dos hermanas, y ambas le amaron a él. La una le amaba con demostraciones evidentes; la otra le amaba sin que lo trasluciera. El lo adivinó y resolvió huir de la familia, pero cuando ya no podía hacerlo sin vileza. Suponed si no serían intolerables sus angustias. Una de

las hermanas fué al convento, la otra cayó en mortal enfermedad. Se presenta a pedir la mano de la enferma y ésta expira. El cuadro es natural; no hay exageración ninguna en las pasiones.

"Granja"—intitulado "Morla" al principio—es un drama terrible, en el que aparece la ferocidad de un hombre, bestializado por los celos. En 1868 un buen médico de Quito, el Dr. Joaquín Vivanco, residente en Cuenca, publicó un folleto titulado: "La enfermedad del Dr. Remigio Astudillo, descrita por su médico". Allí habla de desagrados domésticos del Dr. Astudillo, provenientes de una congestión cerebral, en la cual se erró la curación, antes del llamamiento al Dr. Vivanco. Gracias a este médico, el enfermo entró en convalecencia; pero sin obedecer al médico, asilose en una hacienda inmediata a Cuenca, donde recayó y asesinó a su esposa, persona, según el médico, inocente, virtuosa, angelical. Este fué el asunto del drama.

El argumento de "El Dictador" es tomado de la muerte de la primera esposa de García Moreno, el tirano ecuatoriano. La base es histórica; pero el arte ha alterado algo la historia, en lo concerniente a la majestad e incidentes dramáticos. Un hermano de la víctima es obispo, una hermana, abadesa, y concurre a la escena el Nuncio apostólico, que entonces era el Sr. Tavani. Arabela es personaje que, según parece, nada tiene de histórico. El desenlace es la muerte del dictador, quien murió a manos del pueblo, el 6 de agosto de 1875. Lo curioso es que el drama está firmado el 7 de agosto de 1873.

En todas estas composiciones concurren sacerdotes, modelos de sensatez y virtudes, como los había y los hay todavía en nuestra patria, aunque en muy escaso número. Montalvo puso siempre en el sacer-

dote católico los dechados de la moralidad y buen juicio, anheloso por probar que él no aborrecía a los eclesiásticos virtuosos. Uno de sus artificios dramáticos consiste en no presentar al protagonista en escena, sino cuando el espectador desea conocerlo.

No adivino por qué Montalvo proyectó intitular "Libro de las Pasiones" a la colección de sus dramas, pues en "La Leprosa" no hay pasión, a no ser que como tal se tome la acción de padecer aquella enfermedad tan espantosa.

En todo cuadro de la vida humana, en que el artista se propone la conmoción, la persuasión, y trata de despertar algún interés, indispensablemente tiene que aparecer el bello sexo: en primer término, porque sin la mujer todo es obscuro y estéril; y en los dramas la mujer ha de ser mujer, pues la ideal, el ángel, impresionará a la imaginación, no al corazón. Contemplad en los dramas de Montalvo a la mujer: si las pasiones son universales, como no puede ser de otro modo, las mujeres son en cambio las nuestras, ecuatorianas, y no podían ser de otra parte, porque en el Ecuador vivían subyugadas, tanto a las preocupaciones, a la estrechez de la esfera en que vivía su alma, como a la tiránica voluntad de los hombres. Tímida, modesta, humilde, taciturna, supersticiosa, recatada, casta—a veces también hipócrita,—es la mujer en los dramas de Montalvo. Son ellos una puerta abierta: quien quiera conocer el hogar de Quito, el de las poblaciones de acá de los Andes, acérquese a dichas composiciones y observe. Es menester una sagacidad muy grande, apoderarse especialmente de todas las circunstancias de la persona juzgada, para conocer el límite entre la hipocresía y la modestia. El catolicismo ha regenerado a la mujer—oigo aquí todavía—. Puede que sea así; pero "la república de los corazones de Jesús y María" está empeñada en

probar lo contrario. "Lo que realmente me inspira lástima en su patria, es la situación de la mujer"—me dijo un norteamericano inteligente—. Son bellas, virtuosas, discretas; pero la belleza en la clausura se marchita, y sin la buena educación, nadie la aprovecha. La inteligencia sin la educación es vidrio sin azogue, y no sirve para reflejar lo bueno de la vida. Las virtudes son negativas, "son la tiranía de la naturaleza, el aniquilamiento de las potencias humanas", según dijo un escritor. Así está retratada la mujer en los dramas de Montalvo, y por eso todos son patéticos.

ROBERTO ANDRADE

Al imprimir por primera vez "El Dictador", de Juan Montalvo, hemos reproducido el juicio de Don Roberto Andrade acerca de las obras dramáticas de su compatriota, desglosándolo de uno de los tomos inéditos de la obra "Montalvo y García Moreno". Es lástima que el Ecuador no se preocupe—como convendría para la perpetuación de sus valores—de imprimir las obras de sus escritores clásicos. Todavía permanece inédita gran parte de la producción de Montalvo y casi toda la de Andrade.